

hijo los derechos á la corona de que había sido desposeída, firmando el consiguiente documento.

Después de esta abdicación se reunieron las Cortes resueltas á presentar como candidato al Duque de Aosta.

A partir de este momento, comenzaron las proposiciones y el empeño en que D. Fernando de Portugal aceptase la corona de España, pero después de muchas gestiones cerca de aquel candidato, todas fueron inútiles, acabando por negarse rotundamente á aceptar las proposiciones que se le hacían.

Sin embargo, á pesar de esta rotunda negativa aun se insistió después y, reunido en Lisboa el Consejo, de nuevo continuaron las instancias, y tales fueron y tan numerosas é íntimas las personas que mostraron sus deseos en favor de los del Gobierno español que llegó á vacilar y aplazar la contestación definitiva, que más tarde la dió en armonía con las que ya había dado anteriormente.

Después de habérselo dado cuenta en el parlamento del fracaso de la candidatura de D. Fernando de Portugal, entabláronse negociaciones con la casa de Saboya, mientras que un banquero de Berlín escribía el 14 de Julio de 1869 al general Serrano recomendándole como la más conveniente la candidatura Hohenzollern.

Nuevas negociaciones se entablaron por iniciativa de Prim, negociaciones que fueron bien recibidas en Berlín.

Las Cortes españolas continuaron abiertas esperando la resolución del príncipe alemán hasta muy entrado el verano, y cuando se recibió el telegrama referente al asunto que esperaban y creyéndose que se dilataba, se cerraron las Cortes.

Continuaron empero las negociaciones y cuando ya el príncipe alemán aceptaba la corona de España, las exigencias de la Francia hicieron imposible aquel acuerdo.

En cuanto á la candidatura del Duque de Génova, joven de 16 años que aun se hallaba en un colegio en Inglaterra, sólo significaba el deseo de tener un rey.

Finalmente, y como sería poco menos que imposible por lo extenso seguir paso á paso todas las negociaciones encaminadas á conseguir un rey, volvió á pensarse en Espartero.

Pero éste, que á la sazón se encontraba en Logroño, contestó por medio de una carta agradeciendo con toda su alma las consideraciones que el Gobierno le dispensaba, y aun cuando estaba dispuesto á sacrificar su existencia por la libertad y bienestar de la patria, «un deber de conciencia me obliga, decía, á manifestar espontáneamente que no me

sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño.»

Esta respuesta, después de las anteriores negativas, hizo comprender perfectamente al Gobierno que debía eliminarse aquella candidatura de una manera definitiva y después de insistir de nuevo sobre los otros candidatos, pudo, por fin, traerse como soberano al Duque de Aosta, después D. Amadeo I de España.

Al ser proclamado este rey, protestaron tanto doña Isabel, como D. Carlos.

Aquella, porque la revolución acababa de desconocer los derechos de su hijo llamando un extranjero para rey, y el nieto de D. Carlos porque habiendo Carlos Alberto reconocido como rey de España á su abuelo D. Carlos María Isidro y Victor Manuel á su tío el conde de Montemolin, la corona aceptada por D. Amadeo, decía que le pertenecía de derecho.

Estas protestas que por sí mismas nada significaban, tenían empero verdadera importancia, puesto que de una de ellas dependía el que se encendiera entre los españoles la sangrienta guerra civil, como si no bastaran ya los infortunios que abrumaban nuestra patria.

Después de la elección de monarca, las Constituyentes nombraron el mismo día la comisión que había de ir á ofrecer la corona á D. Amadeo, la cual se trasladó á Cartagena, donde ya esperaba una lucida escuadra.

A bordo ya la comisión de la fragata «Villa de Madrid», como es costumbre en casos tales, y si no lo es, lo han hecho las situaciones políticas de nuestro país, celebróse un banquete con el cual obsequiaba la nación á la comisión ó la comisión á la nación, que para el caso es lo mismo, y á los postres pronunció el presidente de las Cortes un brindis-discurso, notable por más de un concepto; si como brindis inoportuno en nuestro concepto, como discurso bastante extemporáneo también.

No creemos que fuese aquel momento á propósito para decirle al país los defectos de que adolecía aquella situación á la cual pertenecía el mismo que hablaba, y no comprendemos cómo al buen criterio del presidente de la comisión pudo obscurcésele la inconveniencia de ciertas palabras por lo fácil que era darles una interpretación nada en armonía con la situación que representaba.

La prensa de todos los matices se ocupó de este documento, y el juicio general emitido respecto á él, en nada le fué favorable, no porque en la esencia

no mereciera elogios sino, porque parecía sumamente extraño en boca de la persona que lo pronunciara.

A nuestra vez nos toca examinar aquel discurso con el detenimiento que se merecía, pues no es de las páginas menos importantes de la revolución septembrina.

«La mejor manera de brindar por la marina, decía el presidente de las Cortes, obedeciendo su jefe en este momento al señor ministro del ramo, que me obliga á hacerlo antes del instante en que yo pensaba dirigiros la palabra, es brindar, en primer término, por lo que ha hecho la revolución de Septiembre, y después, por lo que le falta que hacer. Brindo porque ha destruído un gobierno y una dinastía, sobre los cuales no he de decir nada, porque yo, para la desgracia, no he tenido nunca, ni tengo ahora, ni tendré jamás sino una compasión profunda.

Brindo porque ha destruído todo lo que hacía imposible la libertad y el progreso en el pueblo español; y al brindar por lo que ha destruído, tengo que brindar por los autores de la revolución, por los que destruyeron lo entonces existente; en primer término, por la marina española, sin la cual, esto no lo digo aquí sólo, sino que lo he dicho todas las veces que me he levantado á hablar en público en cualquier de los momentos que lo he tenido que hacer, brindo en primer término, repito, por la marina española, sin la cual, la revolución de Septiembre hubiera sido imposible.

Brindo después por el ejército español, que si por los grandes escarmientos que había sufrido y por la condición especial en que se encontraba constituido en este país no pudo iniciar la revolución, no tardó en secundar y ayudar á la marina, al mismo tiempo que el pueblo, para que aquélla no fuera cuestión de un cuerpo ni de una clase, no fuera un pronunciamiento, sino que fuese lo que se debe entender por una verdadera y grande revolución.

Brindo después, aunque inmerecidamente tengo yo la honra de ser su presidente y puede traducirse en inmodestia, por las Cortes Constituyentes, que á pesar de las divisiones profundas que las han trabajado durante dos años, á pesar de los medios que se han empleado, han hecho tanto en pro del país.»

Verdaderamente fué la marina la que inició el movimiento de Septiembre de 1868, pero acaso la idea del que la impulsó ¿fué la de derribar el trono de doña Isabel de Borbón? ¿Acaso la idea que se propusieron aquellos iniciadores, fué la de sustituir el trono de los Borbones con el de otra casa extran-

jera? ¿Fué quizás el movimiento más lejos de lo que sus autores se propusieran?

No podemos contestar á estas preguntas que naturalmente se ocurre al ver á uno de los jefes que iniciaron aquel movimiento alejarse del Gobierno tanto en su marcha política subsiguiente á la revolución, cuanto en la cuestión de candidato para el trono que quedara vacante.

Y precisamente este jefe era el de marina, y con referencia á él se ha dicho muchas veces que estaba disgustado al ver el giro que llevaba la política seguida desde el alzamiento de Cádiz.

Extraño es que el señor presidente del Congreso brindase por el ejército y por la marina y omitiera brindar por el pueblo español, por el pueblo, sin cuyo apoyo de poco hubiera servido el levantamiento de aquellas dos corporaciones, pues sabido es que cuando los pueblos no quieren, de poco sirve el elemento militar, máxime cuando, como entonces, quedaba todavía la mayor parte del ejército sin pronunciarse.

Pero como en política los pueblos no suelen ser más que los medios, se les olvida fácilmente después que han prestado el servicio apetecido.

También, según se desprende de las frases del señor Ruiz Zorrilla, fué una revolución la que se hizo en Septiembre de 1868, y según nuestro humilde criterio, revoluciones son aquellas que, derribando todo lo existente, abren nuevas vías al progreso y al adelanto tendiendo constantemente al mejoramiento de todas las clases sociales.

Pero como nosotros no pasamos de ser simples cronistas, nos concretaremos á transcribir el discurso del señor Ruiz Zorrilla, dejando al criterio de nuestros lectores la formación del juicio que merece:

«Yo llamo la atención á todos los que me escucháis, continúa el orador, yo llamaría la de todo el pueblo español si en estos momentos se encontrase aquí reunido, sobre la obra que ha llevado á cabo la Asamblea, obra que nos parece menos grande, porque necesita del tiempo y de la distancia para ser juzgada con imparcialidad; pero que se compare lo que estas Cortes Constituyentes han hecho, lo que los representantes de la voluntad nacional han votado después de haber destruído una dinastía y habiendo tantos partidos que tienen representación en ellas y que intrigan fuera; que se compare, digo, el orden, la libertad, la moderación con que allí se ha debatido y con que allí se ha votado; que se compare la situación de nuestro país en este momento con la que tuvo Inglaterra después de



haber llevado al patíbulo á Carlos I y con la situación de Francia después de haber conducido al cadalso á Luis XVI.

»Nosotros hemos hecho una revolución sin derramar una sola gota de sangre; la marina y el ejército se sublevaron por convicción y escuchando los clamores del pueblo español; éste siguió aplaudiendo á la marina y al ejército porque la marina y el ejército habían interpretado sus sentimientos, sus aspiraciones, sus deseos; y á pesar de que los que se desterró eran pocos, y que la dinastía estaba completamente muerta en este país, si una parte de ella marchó al extranjero á llorar la desgracia en medio del remordimiento, hubo individuos de la familia que se quedaron en España, que han vivido entre nosotros y que han sido respetados, mejor dicho, olvidados por los vencedores de Septiembre, generosos y magnánimos en el triunfo y después del triunfo.

»No ha costado ni una sola lágrima hacer la revolución, salvo las que todos derramamos al ver batirse hermanos contra hermanos en Alcolea, cuando hubiéramos deseado se hubiesen dado un abrazo que habría hecho innecesaria aquella sangrienta batalla en que el heroísmo de los vencidos igualó al de los vencedores.

»De entonces acá, la misión de los Gobiernos que se han sucedido, la misión de las Cortes Constituyentes, ha sido gloriosa y difícil, pero ha sido también de paz, de orden, de libertad, para llegar á la situación que nos encontramos á consolidar la revolución por medio de la monarquía, por medio de la elección de rey.

»He brindado, pues, por lo que ha hecho la revolución, y en lo que ha hecho, coloco en primer término la monarquía, que parecía imposible casi de realizar en una nación dividida por tan diversos intereses, agitada por tan distintas pasiones, y acostumbrada de antiguo á las mezquinas luchas de los partidos políticos que no han sido más que un conjunto de opresores cuando se encontraban arriba, y de oprimidos y conspiradores cuando se hallaban abajo.

»La monarquía la considero yo, no como una institución, porque así la consideramos todos, no como un medio de salvación en el momento borrascoso por que atraviesa la nación española, que así lo reconocen hasta los hombres más ignorantes de nuestro pueblo, sino que la comprendo todavía una cosa más alta, como el iris de paz y de ventura representado por un príncipe que para el ejército sea un tipo de militar valeroso, para la marina

el almirante inteligente á quien respeta la de Italia, y para el pueblo un dechado de virtudes privadas y el hijo de una familia y de una dinastía que tiene virtudes públicas porque está acostumbrada á respetar las palabras que da á su pueblo, abdicando su abuelo cuando veía perdida la independencia de Italia y empezando su padre la obra de nuevo hasta que llegase á resolverse la lucha entre el absolutismo y la libertad, entre lo antiguo y lo moderno, constituyendo la Italia, una grande libertad generadora de nuestros días.

»Después de esto, voy á decir lo que á la revolución le falta que hacer, y hágase ó no se haga, seguiré proclamando, no ya desde la presidencia de las Cortes, que dejaré pronto y con gusto, después de haber las Cortes terminado su misión, después de haber jurado el Rey, y de haberle instalado en el palacio de la plaza de Oriente, sino desde mi posición de ciudadano ó de diputado á Cortes si es que en las urnas mis electores me favorecen con sus sufragios; seguiré proclamando, repito, lo que creo que á la revolución le falta hacer para consolidar la dinastía que es el punto objetivo de todos los hombres que en aquella han tomado parte, el pacto de unión y el centro de concordia para todos, que no deberá ser olvidado por nada en el mundo.

»Decía, señores, que era necesario que hagamos lo siguiente: primero, que el palacio de nuestros reyes sea una cosa completa y absolutamente distinta de lo que ha sido en tiempos anteriores, y sin consideración á cosas ni á personas, sean los que hayan de rodear al Rey, tan dignos, tan buenos, tan puros, tan honrados como nosotros creemos que es el Rey elegido, su señora y su familia.

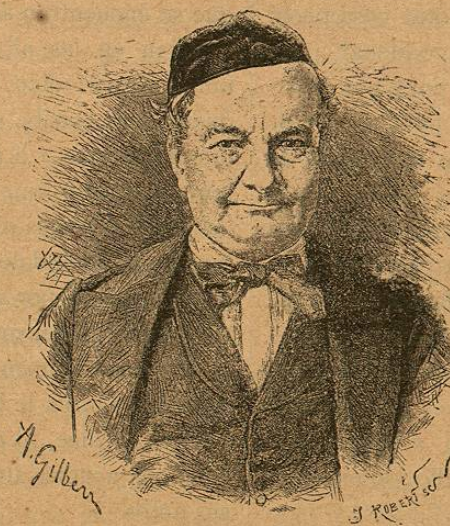
»Esto es lo que yo quiero que sea el palacio de nuestros reyes y después quiero lo que ya he dicho en otra parte; pero que es bueno repetir aquí: que se encierren todos los partidos dentro de la legalidad, que luchen dentro de ella, que no pueda salir ninguno de dentro de la misma, y si salen como saldrán los partidos extremos como lo hacen en toda Europa y como no pueden menos de hacerlo en un país arrebatado é impresionable como España; si salen porque uno quiere anticipar violentamente su porvenir, que si ha de llegar alguna vez ha de retardarse aún mucho, y el otro pretenda resucitar un pasado en el cual nadie cree ya, y sale, repito, de la legalidad, los que estamos dentro, los que representamos la inmensa, la gran mayoría de la sociedad española, debemos hacer constar que si estamos dispuestos á tolerarlos y á

respetarlos mientras no se excedan, mientras se encierren dentro de la legalidad constitucional, estamos también preparados á combatirlos y aun á exterminarlos si necesario fuese, porque ante todo es la salvación del país, en nombre de la cual, es necesario acabar con quien, dándole una legalidad con que pueda hacer triunfar sus doctrinas si esto fuera dable, quiere salir de ella para aprovechar con las armas en la mano los mismos derechos que les concedemos, para convertirlos, no en medios de propaganda, de ilustración y de progreso, sino en armas de guerra sin cuartel y en arietes de ruina y de anarquía social.

»Después hay que hacer otra cosa. Los pueblos estiman mucho la libertad, no todos la compren-

den, no todos la estudian, no todos saben si es el medio ó es el fin; los pueblos son más ó menos fuertes, los pueblos tienen estas ó las otras ideas, son de este ó del otro partido, pero una revolución es estéril y no da resultado alguno cuando no crea más que derechos.

»Es necesario que las revoluciones, al mismo tiempo que creen derechos crean intereses, y para esto es indispensable que resolvamos la cuestión económica. No hay que culpar á nadie por el estado en que nos encontramos: grandes causas nos han traído á él, pero no podemos continuar en la situación económica actual, y cualquier Gobierno que se constituya después de venir el Rey, es preciso que con valor y con resolución, con la resolución y el



SAINTE BEUVE

valor que anima á los hombres que tienen fe en sus creencias y fe en el porvenir de la patria, nivele los presupuestos; que la nación pague lo mismo que cobra, y todo el que tenga un crédito contra el Estado, sepa que ese crédito es tan sagrado y se halla tan seguro como si lo tuviese en uno de los Bancos más acreditados de Europa, ó el dinero que por él ha de cobrar encerrado en la gaveta de su casa.

»Es indispensable, pues, la nivelación del presupuesto, créanme los señores que me escuchan, algunos de los cuales volverán á ser diputados en las primeras Cortes que se reúnan después de las actuales Constituyentes; sin nivelar el presupuesto, sin resolver la cuestión económica, no os hagáis ilusiones, no nos hagamos ilusiones, la revolución no está salvada. Es necesario que, independiente-

mente de la cuestión de ideas, de la cuestión de derechos más ó menos estimados por el pueblo (yo no voy á discutir cómo nuestro pueblo los comprende y practica) la principal es la cuestión económica, y ésta se halla reducida á nivelar los presupuestos.

»Después de conseguido esto, la revolución no necesita hacer otra cosa que establecer un sistema el más estricto, el más completo, el más riguroso de moralidad.

»Hay que decir la verdad á nuestro país, hay que interpretar los sentimientos de nuestro pueblo. No se adelanta nada con no sondar las llagas; éstas no desaparecen por no sondarlas, y sean profundas ó superficiales, pueden afectar á un órgano del cuerpo social ó á toda la existencia; es necesario que sepamos hasta dónde llegan, para ver si se